PARQUES NATURALES (2)

HACIA EL PAIS DE LOS DIAMANTES

En su periplo por tierras africanas, los cuatro aventureros han recorrido Angola y Namibia para desembocar en Botswana, el país de los diamantes, y Zimbabwe. El delta del río Okavango, con los parques naturales de Moremi y Chobe, fue la antesala de las cataratas Victoria.

Pedro Mordt. Fotos: Juan Echevarría

EN la frontera de Kalueque un policía de inmigración, encima de un improvisado escritorio hecho con ladrillos, nos planta el sello de entrada. Ya estábamos en Angola y la expectación era grande, más aún cuando no teníamos más que remotas y conflictivas noticias sobre este país. Una pista repleta de enormes baobabs nos conduce a Xagongo donde pudimos cruzar el puente militar que une las dos orillas del río Kunene. Los pueblos representaban un aspecto deplorable. Acribillados a balazos, con enormes boquetes en las paredes de las casas, la muestra de las enormes batallas libradas. En el camino, muchachos con kalashnikof nos paraban en numerosos controles, intrigados, pues seguramente eramos los primeros seres extraños que aparecíamos por ahí en quince años. La carretera se iba convirtiendo en un calvario. Enormes agujeros nos hacían zigzagear por ella. Dicen que fueron los carros de combate cubanos los que la dejaron en este estado.

Al atardecer entramos en Lubango, una ciudad sucia donde reina la confusión y en la que bloques de deslustrados apartamentos se apiñan alrededor de las calles. Ciudad gris donde todos los comercios están cerrados y donde no es posible encontrar ni una barra de pan. Grandes colas esperaban pacientes en las gasolineras para poder adquirir lo único que se puede comprar: gasolina. Al haber cambiado en el mercado negro disponíamos de muchos kwanzas, sólo aptos para gastarlos en gasolina que nos costaba a cinco pesetas el litro. Una enorme meseta domina Lubango por el noroeste y en uno de los salientes destaca un descomunal cristo con los brazos en cruz que parece velar por la suerte de la ciudad y que tiene la cara deformada por los balazos de los ateos cubanos.

Continuando por la meseta hacia el oeste descendemos por una serpenteante carretera de la Sierra de Leba. En apenas unos kilómetros salvamos un desnivel de quinientos metros, y Namibe nos recibe a la orilla del mar. Pueblo pesquero, tuvo sus tiempos de explendor con la colonia portuguesa, pero hoy, sólo el paseo marítimo con sus palme- ■■■

El makoro es una piragua larga y estrecha que se emplea en el delta del río Okavango para adentrarse por unos parajes de inmensa belleza que contrastan con la sobriedad de los pequeños centros urbanos.

Un descomunal cristo, con la cara deformada por los balazos, parece velar por la ciudad angoleña de Lubango. Otra dimensión se abre al viajero cuando puede contemplar las impresionantes cataratas Victoria.

ras y casas mediterráneas recuerdan aquellos tiempos lejanos. El encargado del camping, un tipo con sonrisa perenne y grandes ojos, se sorprende: «sí, esto es un camping, pero hay que pedir permiso. Hace mucho tiempo que nadie acampa aquí y yo no se lo que hay que hacer». A veces ser los primeros turistas es un hándicap, sobre todo cuando hay que recorrer numerosos eslabones burocráticos para intentar conseguir el permiso.

Ciento cincuenta kilómetros más al sur nos encontramos con una numerosa colonia de españoles, los Gabrielitos, que conforma uno de los pilares básicos de la industria pesquera en Angola. Tienen el estatus de cooperantes y gestionan todo lo que tiene que ver con la pesca de la zona. Son el alma de Tombwa, el centro urbano que fue en su día una fértil ciudad semiindustrial con numerosas fábricas. Dicen que la bahía está llena de coches de lujo que los revolucionarios arrojaron en su ira por deshacerse de vestigios burgueses. Ira que también se cebó con las fábricas que tuvieron que cerrar a consecuencia de la rápida huida de los «exploradores» patronos, que dejaron a los explotados las riendas del negocio.

La «Confusao», palabra que define el estado anímico de Angola, es todavía más palpable en Tombwa, más aún cuando abandonas el lúdico y organizado recinto de los Gabrielitos y te enfrentas con la realidad. No hay trabajo, no hay comida, no hay esperanza, no hay nada. Parece que sólo hay domingo y su vispera para emborracharse. Varios son los organismos que se han desplazado hasta Angola para prestar su ayuda. Entre ellos se encuentra un remanente español de Médicos Sin Fronteras desarrollando algunos proyectos. Con ellos nos encontramos de vuelta a Lubango donde tienen su sede en la casa del obispado que fue adquirida a unos colonos portugueses para hospedar al Papa en una futura visita a Angola.

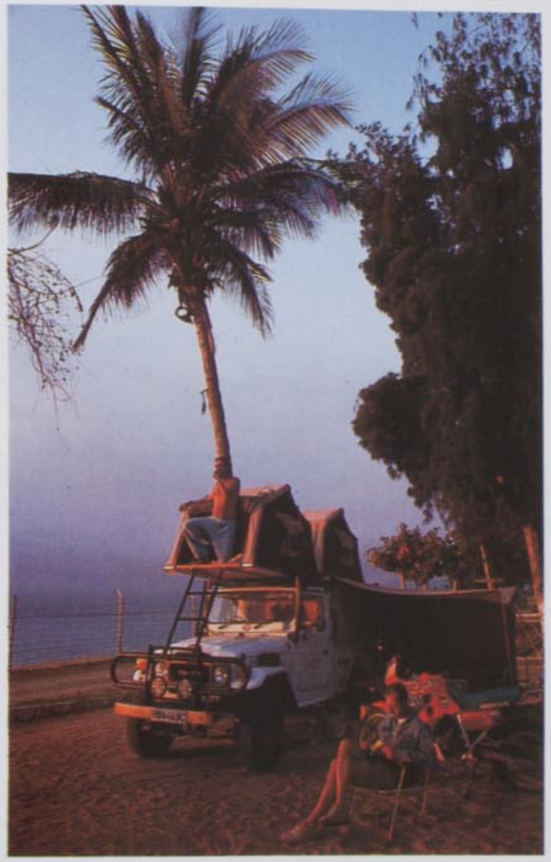
Empezamos a tener problemas en el seno de la expedición. Nuestro coche, Willie, decide quedarse en Angola negándose en rotundo a arrancar. José Luis le mete mano como puede. Parece que es un problema ■■■

eléctrico, de platinos, de condensador, de volverse loco buscando el fallo. Encontrar un mecánico es una utopía y el taller más próximo se encuentra tan sólo a sesenta kilómetros, pero ya en terreno namibio. La solución nos vino de la Cruz Roja y no precisamente en forma de tirita. Para revisar los Toyota que esta organización tiene en Ontjiva, se había desplazado desde Lobito, ciudad costera a setecientos kilómetros al noroeste, un mecánico que nos prestó un gran servicio al conseguir, con su juego de galgas, unos platinos nuevos y mucha maña, que abandonásemos por fin el territorio angoleño tras soportar la infinita curiosidad de los soldados que en la frontera nos sometieron a una intensa revisión.

De nuevo en Namibia, la brutal diferencia hace pensar que si Namibia está catalogado como un país del tercer mundo tiene que haber también países del cuarto o quinto mundo, como el que acababábamos de abandonar. Namibia es terreno conocido. Volvemos a circular por la izquierda y podemos relajarnos al estar las carreteras, anormalmente para nosotros, en perfectas condiciones. Rumbo noroeste entramos en la franja del Caprivi. Duras, calurosas y onduladas pistas hacen que la suspensión del coche se resienta. Las ballestas presentan un aspecto preocupante, ya están planas y las ruedas comienzan a rozar con el chasis.

Por la frontera de Shakawa entramos en Botswana donde los trámites se limitan a rellenar unos papeles. Este es un país rico en el que los diamantes componen más del ochenta por ciento de sus ingresos que se completan con ganado, cobre y níquel. Situado en pleno desierto de Kalahari su único punto de interés radica en el norte. El río Okavango, que nace en Angola, es absorbido por este desierto formando un delta que en época de lluvias llega a cubrir una extensión de veinte mil kilómetros cuadrados. Visto desde el aire el delta se asemeja a una gran mano verde extendida. Marismas con infinidad de caminos de agua lo cubren todo entre juncos, papiros, lilas de agua, palmeras, frondosos árboles y una excitante vida animal. El doctor Livingstone lo vivió a su manera a mediados del siglo XIX, relatando historias de grandes cacerías y cercas para el ganado hechas con colmillos de elefante. Hoy el viajero tiene una manera mucho más planificada para visitarlo pero la condición indispensable es disponer de un abultado presupuesto.

El delta del Okavango es caro y tiende a serlo más. El gobierno de Botswana está intentando crear un punto de destino turístico para la élite con la infalible ley de la oferta y la demanda. En un año la entrada a los parques nacionales de Moremi y Chobe, sitos en el delta, se ha visto incrementada en un tres mil por ciento, y la recesión de los mochileros ha sido feroz. En Maun, centro neurálgico y capital del delta, las agencias de viajes hacen humear sus calculadoras cuando preguntas por un presupuesto para adentrarse un par de días por las marismas. Un contacto en una agencia nos iba a permitir recorrer parte del delta a un módico precio. Durante tres días navegamos por las suaves aguas a bordo de un makoro, piragua larga y estrecha en la que mantener el equilibrio requiere cierta práctica. Los parajes son de una gran belleza, pequeños lagos alfombrados con flores blancas, estrechos canales cerrados por juncos por donde abrirse paso requiere un esfuerzo extra, isletas cubiertas por finas y altas palmeras, y una gran variedad de animales. Rebocks que chillan y se alejan dando saltos, hipopótamos que emergen entre bufidos, el águila pescadora oteando los campos de juncos, increíbles manadas de testarudos búfalos y enormes cocodrilos que se solean quietos como troncos. Lamentablemente el delta del Okavango es de todos, y digo lamentablemente porque cuando te crees en el egoista privilegio de poder disfrutar de todo el entorno para tí solo, siempre aparece algún inefable grupo de turistas.



Las cataratas Victoria es uno de los lugares que todo viajero que se precie deberá conocer. Son una auténtica maravilla de la naturaleza en la que el agua se desploma desde una altura de más de cien metros produciendo un estruendo ensordecedor y una neblina que parece emanar de las mismísimas entrañas de la tierra.

Cubrimos el trayecto que separa Maun de las cataratas Victoria, ya en territorio de Zimbabwe, en dos días. Mosi Oa Tunya, la niebla que truena, era como los nativos denominaban a ésta mítica catarata antes de que Livingstone la descubriera en 1855. Una descomunal falla de dos kilómetros de largo hace que el río Zambezi se desplome. Diferentes miradores se asoman a las cataratas y al atardecer arcos iris particulares se forman delante de cada uno de ellos. Las cataratas Victoria es uno de los puntos de destino turístico clásico en el mundo y todo viajero que se precie deberá de poner en su haber particular.■